

que lo ejecute; no con alguna pasion natural, sino con motivo santo, perfecto y virtuoso. Para que en todo se gobierne con alta prudencia, sirve el sexto don de *Consejo*, que encamina la razon para obrar con acierto y sin temeridad; pesando los medios, y consilian-do para sí y para otros con discrecion, para elegir los medios mas proporcionados á los fines honestos y santos. Á todos estos dones se sigue el último del *Temor*, que los guarda y sella todos. Este don inclina al corazon para que huya y se rescate de todo lo imperfecto, peligroso y disonante á las virtudes y perfeccion del alma; y así le viene á servir de muro que la defiende. Es necesario entender la materia y modo de este temor santo, para que no exceda en él la criatura, ni tema donde no hay que temer; como á tí tantas veces te ha sucedido por la astucia de la serpiente, que á vuelta del temor santo te ha procurado introducir el amor desordenado de los mismos beneficios del Señor. Mas con esta doctrina quedarás advertida cómo has de practicar los dones del Altísimo, y avenirte con ellos. Y te advierto y amonesto, que la ciencia de temer es propio efecto de los favores que Dios comunica, y le da al alma con suavidad, dulzura, paz y tranquilidad, para que sepa estimar y apreciar el don (que ninguno hay pequeño de la mano del Altísimo), y porque el temor no impida á conocer bien el favor de su poderosa mano; y para que este temor la encamine á agradecerle con todas sus fuerzas, y humillarse hasta el polvo. Conociendo tú estas verdades sin engaño, y quitando la cobardía del temor servil, quedará el filial; y con él como norte navegarás segura en este valle de lágrimas.

#### CAPÍTULO VI.

*Salieron del cenáculo los Apóstoles á predicar á la multitud que concurrió; como les hablaron en varias lenguas; convirtieronse aquel día casi tres mil; y lo que hizo María santísima en esta ocasion.*

Razon de concurrir tanta gente á la casa del cenáculo despues de la venida del Espíritu Santo. — Pidieron los Apóstoles licencia á la Madre de Dios para salir á predicarles. — Fervoroso esfuerzo con que comenzaron á predicarles. — Admiracion de las gentes que habian concurrido, oyéndolos hablar cada uno en su lengua. — Cada uno de los Apóstoles recibió don de hablar en todas las lenguas. — En esta ocasion solo hablaban la lengua de Palestina, y cada uno de los oyentes oía su lengua propia. — Razon de este milagro que hizo Dios entonces. — Declárase como comenzaron á hablar en varias lenguas. — Diversos efectos que hizo esta maravillosa predicacion en los oyentes. — Dureza pertinaz de los pérfidos judíos. — Sermon de san Pedro contra las calumnias de los pérfidos. — Efectos que hizo el sermon de san Pedro en

muchos de los oyentes. — Instruccion que les dió de lo que debian hacer. — Confusion de los pérfidos judíos. — Primer fruto de la predicacion de los Apóstoles. — Los tres mil que se convirtieron este día eran de todas las naciones que habia en Jerusalem. — Muchos de ellos eran judíos. — Convirtieronse algunos de los que habian intervenido á la muerte de Cristo. — Llevaron los Apóstoles á los nuevos fieles á la presencia de María. — Vió María desde su retiro individualmente cuanto pasó en esta primera predicacion de los Apóstoles. — Cuánto obró la Madre de Dios en ella por medio de su oracion y de los Ángeles. — Palabras que dijo san Pedro á los nuevos fieles dándoles á conocer á la Madre de Dios. — Efectos interiores que hizo en ellos la presencia de la Madre Virgen. — Dióles la bendicion por mandado de san Pedro. — Deseo de los nuevos convertidos de oír de la boca de la Madre de Dios alguna palabra de consuelo. — Exhortacion que les hizo María obedeciendo. — Efectos que hizo en ellos esta exhortacion. — Desde aquel día continuaron los Apóstoles la predicacion y milagros. — Catequizaban á cada uno en su lengua propia. — Todos los que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo, recibieron el don de lenguas. — Razon de comunicarse esta gracia y la de hacer milagros entonces tambien á la Magdalena y sus compañeras. — Admiracion de Jerusalem con los milagros y predicacion de los Apóstoles y discípulos. — Como se aumentaba la Iglesia convocadas las gentes con la fama de los milagros. — Fervor de los nuevos creyentes y perfeccion de la Iglesia primitiva. — Cuán disímil fué aquel dichoso estado de los fieles en el principio de la Iglesia evangélica, que el que ahora se experimenta. — Disculpa que suele alegar nuestra tibieza. — Muéstrase que son inexcusables los fieles de estos siglos en los vicios que hoy se experimentan. — Maravillas y grandiosas obras que hizo la Madre de Dios en la Iglesia primitiva. — Cuán pocos fueron los fieles que se condenaron en los años que vivió María en la Iglesia, y cuán muchos los que se salvaron. — Razones para no entristecer-nos de no haber nacido en aquel siglo dichoso fundadas en la caridad de María. — El dolor ha de ser de cuán diferente es nuestra fe, fervor y devocion, que la de aquel siglo. — Exhortacion que hizo María á los Apóstoles y ministros de la palabra divina. — Ejecutaba primero lo que amonestaba. — Por ninguno de los convertidos dejó de hacer gracias y peticiones. — Maravillosa prudencia con que instruía en particular las almas, conforme á las necesidades que en sus interiores veía. — Ninguno de los que María informó y catequizó en la fe, se condenó. — Oracion que hacia por ellos para que se salvaran. — Eficacia que tenia esta oracion. — Persuasion de que será lo mismo ahora en los que de todo corazon piden la intercesion de María. — Dones que ofrecian á la Madre de Dios los nuevos fieles. — Ninguno recibió. — Como disponia los ánimos para que acudiesen á los Apóstoles cuando convenia recibir alguno. — Clemencia con que admitia y curaba á los pobres y por mano de san Juan remediaba necesidades. — Cuidaba de prevenir lo necesario para el sustento de los Apóstoles y los servía de rodillas. — Motivos que tenia para darles esta reverencia. — Medios suficientes que dió el Señor, para que todos pudiesen conseguir la salud eterna, sin excluir á alguno. — Admiracion de que ahora se conviertan tan pocos pecadores, teniendo tantos medios. — No pueden los mortales quejarse de la providencia divina, pues á todos y á cada uno ofrece su misericordia. — Muéstrase como la perdicion les viene de sí mismos. — Atencion con que se ha de reci-

bir cualquiera inspiracion santa, aviso ó doctrina. — No se ha de despreciar por parecer cosa pequeña. — Daño que hace á las almas el despreciar los auxilios divinos. — Es mayor en quien mas ha recibido. — Como se ha de imitar á la Madre de Dios en ayudar á los hijos de la Iglesia.

73. Con las señales tan visibles y notorias, que descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, se conmovió toda la ciudad de Jerusalem con sus moradores, admirados de la novedad nunca vista; y corriendo la voz de lo que se habia visto sobre la casa del cenáculo, concurrió á ella toda la multitud del pueblo para saber el suceso <sup>1</sup>. Celebrábase aquel dia una de las fiestas ó pascuas de los hebreos; y así por esto, como por especial dispensacion del cielo, estaba la ciudad llena de forasteros y extranjeros de todas las naciones del mundo, á quienes el Altísimo queria hacer manifiesta aquella nueva maravilla, y los principios con que comenzaba á predicarse y dilatarse la nueva ley de gracia, que el Verbo humanado nuestro Redentor y Maestro habia ordenado para la salud de los hombres.

74. Los sagrados Apóstoles, que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo estaban inflamados en caridad, sabiendo que la ciudad de Jerusalem concurría á las puertas del cenáculo, pidieron licencia á su Reina y Maestra para salir á predicarles; porque tanta gracia no podia estar un punto ociosa, sin redundar en beneficio de las almas, y nueva gloria del Autor. Salieron todos de la casa del cenáculo, y puestos á vista de toda la multitud comenzaron á predicar los misterios de la fe y salud eterna. Y como hasta aquella hora habian estado encogidos y retirados, y entonces salieron con tan impensado esfuerzo, y sus palabras salian de sus bocas como rayos de nueva luz y fuego que penetraban los oyentes; quedaron todos admirados y como atónitos de tan peregrina novedad, nunca vista ni oida en el mundo. Mirábanse unos á otros, y con asombro se preguntaban y decían: ¿Qué es esto que vemos? ¿Por ventura todos estos que nos hablan no son galileos? Pues ¿cómo los oimos cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos? Los judíos y los prosélitos, los romanos, latinos, griegos, cretenses, árabes, partos, medos, y todos los demás de diversas partes del mundo los oimos hablar y entendemos en nuestras lenguas <sup>2</sup>. ¡Oh grandezas de Dios! ¡Qué admirable es en sus obras!

75. Esta maravilla, de que todas las naciones de tan diversas lenguas como estaban en Jerusalem oyesen hablar á los Apóstoles, cada nacion en su lengua, les causó grande asombro, junto con la

<sup>1</sup> Act. II, 6. — <sup>2</sup> Ibid. 7.

doctrina que predicaban. Pero advierto, que si bien cada uno de los Apóstoles con la plenitud de ciencia y dones que recibieron gratuitos quedaron sábios y capaces para hablar en todas lenguas de las naciones, porque así fue necesario para predicarles el Evangelio; pero en esta ocasion no hablaron mas (\*) de en la lengua de Palestina. Y hablando ellos y articulando sola esta, eran entendidos de todas las naciones, como si á cada uno le hablaran en su lengua propia. De manera que la voz de cada uno de los Apóstoles, que él articulaba en lengua hebrea, llegaba á los oídos de los oyentes en la lengua propia de su nacion. Y este fue el milagro que hizo Dios entonces, para que mejor fuesen entendidos y admitidos de tan diversas gentes. Y la razon fue, porque no repetía el misterio, que predicaba san Pedro, en cada lengua de los que allí estaban oyéndole. Solo una vez le predicaba, y aquella oían y entendían todos, cada cual en su lengua propia, y lo mismo sucedía á los demás Apóstoles; porque si cada uno hablara en la lengua del que le oía, era necesario repitiese (por lo menos diez y siete veces) las palabras para otras tantas naciones que refiere san Lucas <sup>1</sup> estaban en el auditorio, y cada uno entendía su lengua materna; y en esto se gastaría mas tiempo de lo que se colige del Texto sagrado, y fuera gran confusion y molestia repetir tantas veces lo mismo, ó hablar á un tiempo tantas lenguas cada uno, ni el milagro fuera para nosotros tan inteligible como el que he declarado.

76. Las naciones que oían á los Apóstoles no entendieron la maravilla, aunque se admiraron de oír cada uno su idioma nativo y propio. Y lo que el texto de san Lucas dice, que los Apóstoles comenzaron á hablar en varias lenguas <sup>2</sup> es, porque al punto las entendieron, y hablaron luego en ellas (como diré adelante<sup>3</sup>) y pudieron hablarlas; porque aquel dia los que vinieron al cenáculo los oyeron predicar cada nacion en su lengua. Pero la novedad y admiracion causó en los oyentes diversos efectos, dividiéndose en contrarios pareceres, segun la disposicion de cada uno. Los que piadosamente oían á los Apóstoles, entendían mucho de la Divinidad y redencion humana, de que hablaban altísima y fervorosamente; y con la fuerza de sus palabras eran despertados y movidos en vivos deseos de conocer la verdad; y con la divina luz eran ilustrados y compungidos para llorar sus pecados y pedir misericordia de ellos; y con lágrimas aclamaban á los Apóstoles, y les decían les enseñasen lo que debían hacer para alcanzar la vida eterna. Otros, que eran du-

(\*) Véase la nota III. — <sup>1</sup> Act. II, à v. 9. — <sup>2</sup> Ibid. 4. — <sup>3</sup> Infr. n. 83.

ros de corazón, se indignaban con los Apóstoles, quedando ayunos de las grandezas divinas que hablaban y predicaban; y en lugar de admitirlos les llamaban noveleros y hazañeros. Y muchos de los judíos mas impíos en su perfidia y envidia daban mas rígida censura á los Apóstoles, atribuyéndoles que estaban embriagados y sin juicio <sup>1</sup>. Y algunos de estos eran de los que habian vuelto en sí de la caída que dieron con el trueno que causó el Espíritu Santo; porque se levantaron mas obstinados y rebeldes contra Dios.

77. Para convencer esta blasfemia tomó la mano el apóstol san Pedro, como cabeza de la Iglesia, y hablando en mas alta voz les dijo <sup>2</sup>: *Varones que sois judíos, y los que vivís en Jerusalem, oid mis palabras, y sea notorio á todos vosotros como estos que están conmigo no están embriagados del vino, como vosotros quereis imaginar; pues aun no es pasada la hora del mediodía cuando los hombres suelen cometer este desorden. Pero sabed todos que se ha cumplido en ellos lo que tiene Dios prometido por el profeta Joel, cuando dijo <sup>3</sup>: Sucederá en los futuros tiempos, que Yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y los jóvenes y ancianos tendrán visiones y sueños divinos. Y daré mi espíritu á mis siervos y siervas: y haré prodigios en el cielo y maravillas en la tierra, antes que venga el día del Señor grande y manifiesto. Y el que invocare el nombre del Señor, aquel será salvo. Oid, pues, israelitas mis palabras <sup>4</sup>: Vosotros sois quien quitásteis la vida á Jesús Nazareno por manos de los inicuos, siendo varon santo, aprobado de Dios con virtudes, prodigios y milagros que obró en vuestro pueblo, de que sois testigos y sabidores: y Dios le resucitó de los muertos, conforme á las profecías de David <sup>5</sup>; que no pudo hablar de sí mismo el santo Rey, pues vosotros teneis el sepulcro donde está su cuerpo; pero como profeta habló de Cristo, y nosotros somos testigos de haberle visto resucitado, y subir á los cielos en su misma virtud, para sentarse á la diestra del Padre, como tambien el mismo David dejó profetizado <sup>6</sup>. Entiendan los incrédulos estas palabras y verdades que la malicia de su perfidia quiere negar; á que se opondrán las maravillas de el Altísimo, que obrará en nosotros sus siervos en testimonio de la doctrina de Cristo y de su admirable resurreccion.*

78. *Entienda, pues, toda la casa de Israel, y conozcan con certeza que este Jesús, á quien vosotros crucificásteis, le hizo Dios su Cristo ungido y Señor de todo, y le resucitó al tercero día de los muertos.*

<sup>1</sup> Act. II, 13. — <sup>2</sup> Ibid. à v. 14. — <sup>3</sup> Joel, II, 28. — <sup>4</sup> Ibid. à v. 22.

<sup>5</sup> Psalm. XV, à v. 8. — <sup>6</sup> Ibid. CIX, 1.

Oyendo estas razones se compungieron los corazones de muchos de los que allí estaban, y con grande llanto preguntaron á san Pedro y á los otros Apóstoles qué podrian hacer para su propio remedio <sup>1</sup>. Prosiguiendo san Pedro les dijo <sup>2</sup>: *Haced verdadera penitencia, y recibid el Bautismo en nombre de Jesús, con que serán perdonados vuestros pecados, y recibiréis tambien el Espíritu Santo; porque esta promesa se hizo para vosotros, para vuestros hijos, y para los que están mas léjos, que traerá y llamará el Señor. Procurad, pues, ahora aprovecharos del remedio, y ser salvos con desviaros de esta perversa y incrédula generacion.* Otras muchas palabras de vida les predicó san Pedro y los demás Apóstoles, con que los pérfidos judíos y los demás incrédulos quedaron muy confusos; y como nada pudieron responder, se alejaron y retiraron del cenáculo. Pero los que admitieron la verdadera doctrina y fe de Jesucristo fueron casi tres mil <sup>3</sup>, y todos se juntaron á los Apóstoles, y fueron bautizados por ellos con gran temor y terror de todo Jerusalem; porque los prodigios y maravillas que obraban los Apóstoles pusieron grande espanto y miedo á los que no creían.

79. Los tres mil que se convirtieron este día con el primer sermón de san Pedro eran de todas las naciones que entonces estaban en Jerusalem, para que luego alcanzase á todas las gentes el fruto de la redencion, y de todas se agregase una Iglesia, y á todos se extendiese la gracia del Espíritu Santo, sin excluir algun pueblo ni nacion; pues de todas se habia de componer la universal Iglesia. Muchos fueron de los judíos que con piedad y compasion habian seguido á Cristo nuestro Salvador, y atendido á su pasion y muerte, como arriba dije <sup>4</sup>. Y tambien se convirtieron algunos (aunque muy pocos) de los que habian intervenido en ella, porque no se dispusieron mas; que si lo hicieran, todos fueran admitidos á la misericordia y perdonados de su error. Acabado el sermón se retiraron los Apóstoles aquella tarde al cenáculo, con gran parte de la multitud de los nuevos hijos de la Iglesia, para dar cuenta de todo á la Madre de misericordia Maria purisima, y que la conociesen y venerasen los nuevos convertidos á la fe.

80. Pero la gran Reina de los Ángeles nada ignoraba de todo lo sucedido; porque de su retiro habia oido la predicacion de los Apóstoles, y conoció hasta el menor pensamiento de los oyentes, y le fueron patentes los corazones de todos. Estuvo siempre la piadosísima Madre postrada, su rostro pegado con el polvo, pidiendo con

<sup>1</sup> Act. II, 37. — <sup>2</sup> Ibid. 38. — <sup>3</sup> Ibid. 41. — <sup>4</sup> Part. II, n. 1387.

lágrimas la conversion de todos los que se redujeron á la fe del Salvador, y por los demás, si quisieran cooperar á los auxilios y gracia del Señor. Y para ayudar á los Apóstoles en aquella grande obra que hacian, dando principio á la predicacion, y á los oyentes para que atendiesen á ella, envió María santísima muchos Ángeles de los que la acompañaban, para que inviolablemente asistiesen á unos y á otros con inspiraciones santas que les administraron, alentando á los sagrados Apóstoles, dándoles esfuerzo para que con mas fervor preguntasen y manifestasen los misterios ocultos de la divinidad y humanidad de Cristo Redentor nuestro. Todo lo ejecutaron los Ángeles como su Reina lo ordenaba; y en esta ocasion obró con su poder y santidad conforme la grandeza de tan nueva maravilla y al paso de la causa y materia que se trataba. Cuando llegaron á su presencia los Apóstoles con aquellas primicias tan copiosas de su predicacion y del Espíritu Santo, los recibió á todos con increíble alegría y suavidad de verdadera y piadosa madre.

81. El apóstol san Pedro habló á los recién convertidos, y les dijo: *Hermanos míos y siervos del Altísimo, esta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro Jesús, cuya fe habeis recibido, reconociéndole por Dios y Hombre verdadero. Ella le dió la forma humana concibiéndole en sus entrañas, y salió de ellas, quedando virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto; recibidla por Madre, por amparo y medianera vuestra, que por ella recibiréis vosotros y nosotros luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias.* Con esta exhortacion del Apóstol y vista de María santísima recibieron aquellos nuevos fieles admirables efectos de interior luz y consolacion; porque este privilegio de hacer grandes beneficios interiores y dar luz particular á los que con piedad y veneracion la miraban, se le aumentó y renovó cuando estuvo en el cielo á la diestra de su Hijo santísimo. Y como todos aquellos creyentes recibieron este favor con la presencia de la gran Señora, postráronse á sus piés, y con lágrimas la pidieron les diese la mano y la bendicion á todos. Pero la humilde y prudente Reina se excusó de hacerlo, por estar presentes los Apóstoles, que eran sacerdotes, y san Pedro vicario de Cristo, hasta que el mismo Apóstol la dijo: *Señora, no nequeis á estos fieles lo que su piedad pide para consuelo de sus almas.* Obedeció María santísima á la cabeza de la Iglesia, y con humilde serenidad de reina dió la bendicion á los nuevos convertidos.

82. Mas el amor que solicitaba sus corazones les movió á desear que la divina Madre les hablase algunas palabras de consuelo; y la

humildad y reverencia los embarazaba para suplicárselo. Y como atendieron la obediencia que tenia á san Pedro, se convirtieron á él, y le pidieron la rogase no los despidiese de su presencia sin decirles alguna palabra con que fuesen alentados. Á san Pedro le pareció convenia consolar aquellas almas, que habian renacido en Cristo nuestro bien con su predicacion y la de los demás Apóstoles; pero como sabia que la Madre de la Sabiduría no ignoraba lo que habia de obrar, no se atrevió á decirle mas de estas palabras: *Señora, atended á los ruegos de estos siervos y hijos vuestros.* Luego la gran Señora obedeció y habló á los convertidos, y les dijo: *Carísimos hermanos míos en el Señor, dad gracias y alabad de todo corazon al omnipotente Dios, porque de entre los demás hombres os ha traído y llamado al camino verdadero de la eterna vida con la noticia de la santa fe que habeis recibido. Estad firmes en ella para confesarla de todo corazon, y para oír y creer todo lo que contiene la ley de gracia, como la ordenó y enseñó su verdadero Maestro Jesús, mi Hijo y vuestro Redentor; y para oír y obedecer á sus Apóstoles, que os enseñarán y catequizarán; y por el Bautismo seréis señalados con la señal y carácter de hijos del Altísimo. Yo me ofrezco por sierva vuestra, para asistirlos en todo lo que fuere necesario para vuestro consuelo, y rogaré por vosotros á mi Hijo y Dios eterno, y le pediré os mire como piadoso padre, y os manifieste la alegría de su rostro en la felicidad verdadera; y ahora os comunique su gracia.*

83. Con esta dulcísima exhortacion quedaron aquellos nuevos hijos de la Iglesia confortados, llenos de luz, veneracion y admiracion de lo que concibieron de la Señora del mundo; y pidiéndola de nuevo su bendicion, se despidieron aquel dia de su presencia, renovados y mejorados con admirables dones de la diestra del Altísimo. Los Apóstoles y discípulos desde aquel dia continuaron sin intermision la predicacion y maravillas, y por toda aquella octava catequizaron no solo á los tres mil que se convirtieron el dia de Pentecostes, sino á otros muchos que cada dia recibian la fe. Y porque venian de todas las naciones, hablaban y catequizaban á cada uno en su propia lengua; que por esto dije arriba <sup>1</sup> hablaban en varias lenguas desde aquella hora. No solo recibieron esta gracia los Apóstoles; que aunque en ellos fue mayor y mas señalada, tambien la recibieron los discípulos y todos los ciento y veinte que estaban en el cenáculo, y las mujeres santas que recibieron el Espíritu Santo. Y así fue necesario entonces; porque era grande la multitud de los

<sup>1</sup> Supr. n. 76.